

"La fe del corazón"

Carta de Guillermo José Chaminade a Juan Bautista Lalanne

Agen, 23 de enero de 1833

Mi querido hijo:

Desde comienzos de este año tengo ante mis ojos tu última carta, del 20 de diciembre pasado, para responderla; y a pesar de mi buena voluntad no he podido hacerlo; espero que lo creas, aunque no te detalle los motivos.

En tu carta anterior me señalabas a M. Curot como posible reemplazante, incluso con ventaja, de M. Auguste en el Colegio Santa María. Lo creí. Pero ¿se puede contar con **su entrega**? Y en esta palabra encierro todos los obstáculos de que te hablaba en mi respuesta. Tu última carta ni los menciona. ¿**Son auténticamente verdaderos** esos obstáculos? ¿Son invencibles? Si piensas que no son invencibles, ¿**trabajas por vencerlos**? En el supuesto de que M. Curot pudiera ser puesto con confianza a la cabeza del Colegio, ¿sería una persona capaz de concentrarse en la dirección del Colegio y de no mezclarse en asuntos temporales? Si así fuera, prepararía todo para poner a M. Clouzet, por mucho que le desagradase. **Los asuntos temporales son siempre el abismo en que tenemos continuo peligro de precipitarnos**; pero si M. Curot quiere de verdad ir bien, con M. Clouzet bien preparado podríamos primero **nadar sobre las aguas del abismo y luego llegar a buen puerto**. El Internado ha disminuido sensiblemente de alumnos este año: 45 internos o mediopensionistas; M. Auguste me escribe que es urgente remediarlo. M. Collineau, canónigo honorario, se aloja en casa de su padre: deja la diócesis después de Pascua. **Comunicame tus ideas**, mi querido hijo, tras haberlas **madurado ante Dios**. (...)

Vuelvo a tu última carta. Mi querido hijo, remediarás todos tus males interiores:

1. Si **la fe, sólidamente anclada en tu espíritu** desde tus estudios superiores, **pasa enteramente a tu corazón**. *Corde creditur ad justitiam*. Hay que amar lo que se cree. Tenemos muy poderosos motivos de credibilidad y, por así decirlo, sólo hace falta ser razonable para **someter la propia razón a la fe**. Esta sumisión es ya un gran favor de Dios, pero sólo precede a la **sumisión del corazón**, y **éste sólo es sumiso cuando ama**. Al menos yo lo veo así, y me parecería muy peligroso no verlo de esta forma en la práctica. **La fe, sobre todo esta fe del corazón, es un gran don de Dios**; por eso necesitamos decir siempre: *Domine, adauge nobis fidem!* Dios concede, digamos, fácilmente esta gracia cuando uno se ejercita en obras de fe. *Justus ex fide vivit*. Mi querido Hijo, (qué felicidad la nuestra si podemos **caminar** el resto de nuestros días **por las hermosas sendas de la fe, no actuar sino por la fe, no vivir más que de la fe!** La fe que sólo iluminara nuestro espíritu no nos daría *la vida de la justicia*, que es una vida divina.

2. Con **la humildad** pasa lo mismo que con la fe: es **la humildad del corazón** lo que el Señor nos pide. *Discite a me, quia mitis sum et humilis corde*. Yo veo la humildad como **uno de los primeros frutos de la fe del corazón. La humildad progresa en la medida en que crece la fe**. Si nos conocemos bien, encontraremos nuestra miseria muy grande; pero la humildad nos hará amarla... Los sacrificios que la obediencia te obligue a realizar te costarán poco, **en la medida en que la fe del corazón crezca en ti**. Al contrario, (que felicidad la de estar seguro de hacer la voluntad *del Dios de tu corazón!* ¡Qué agradables son las palabras: *Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra!*

3. Lo propio de **la fe del corazón** es **dar estabilidad** a nuestras **facultades anímicas, a nuestro espíritu y a nuestra voluntad: quiero decir la voluntad del hombre nuevo**. Así comprenderás el *recogimiento*, entenderás también cómo hay que juzgar la falta habitual o casi habitual de recogimiento. Al profundizar en este pensamiento puede uno temblar al principio, pero en seguida cambia a un consolador sentimiento de *penitencia*, así como a un sentimiento de *gratitud* hacia Aquel que se digna *iluminarnos* y darnos medios tan fáciles para **ir hacia él y ser enteramente suyos**.

4. Sin discutir aquí lo necesaria que podría ser **una nueva confesión general**, es fácil ver que tendría por lo menos un feliz objetivo y una excelente finalidad, sin ningún inconveniente. ¿O no hay que tomar la decisión más segura ante la menor duda en materia de salvación? Me gustaría que comprendieras: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt... Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*.

5. A medida que crezca **tu devoción a María**, te harás más hábil **para inspirarla a los demás**. Aprovecho lo que tú me dices para darte el título de una obrita bastante nueva: "*Amor de María: Motivos para excitar en todos los corazones el amor de María, Madre de Dios*", (publicado) en Lyon, por los librerías "*Périsse hermano*", calle *Mercière n° 33...* 1831. Puedes permitirte el pequeño gasto de adquirir ocho o diez ejemplares, de los que regalarías tres o cuatro a M. Chevaux.

6. Sobre el **estado moral y religioso de la casa**, en general he observado un poco por todas partes que los inferiores están de ordinario al nivel de su Superior en cuanto a la virtud y la regularidad. Se puede hacer una comparación semejante entre los alumnos y sus respectivos maestros. Todo se refiere al primer Jefe: (atención ante Dios! No entraré en detalles sobre esto. Un Superior no debe sólo trabajar en común a sus inferiores, sino (también) individualmente y en particular, según sus necesidades. Cuando me hayas dado los datos lo más parecidos que puedas, si tienes dificultades para hacerles avanzar en la virtud, te diré con toda sencillez lo que pienso... La piedad no sale de los corazones como las chispas del pedernal por acción del eslabón. Es decir, **se necesitan ejercicios de piedad, pero bien hechos**: también hay que saber **preparar bien la yesca**.

7. M. Chevaux me escribió casi al mismo tiempo sobre las dificultades que aún existían entre M. Clouzet y tú: le respondí lo que sigue, y creo que ahora está todo en paz. No creo que M. Clouzet haya tenido nunca voluntad de hacerte daño, sino al contrario; pero parece que se salió del camino de la caridad, de la humildad, etc. En cuanto al Colegio que trata de formar, no puedo creer, a pesar de todo lo que se ha dicho, que haya habido ni siquiera la idea de rivalizar con el Colegio del castillo. Deseo vivamente **que la paz, la unión y el acuerdo se establezcan y mantengan entre todos vosotros**. M. Chevaux parece que lo desea también mucho, y **yo no puedo trabajar con facilidad por el bien particular de las personas cuando los espíritus**

no están tranquilos... Creo que M.Gaussens podrá callarse; pero siempre tendrá ideas particulares propias y también para él.

Creo igual que tú, que el alejamiento de M.Clouzet de Saint-Remy será bueno para él; pero **es sobre todo su alma la que debería curarse: no tiene que marchar herido**, pues tú mismo lo lamentarías siempre. **Sé generoso para con Dios, que Dios no se dejará vencer en generosidad para contigo.**

Concedo a M. Brunet permiso para hacer la segunda comunión una vez más por semana. Si no he respondido a sus dos últimas cartas no ha sido por indiferencia, pues **no lo he cambiado del lugar que le di en mi corazón.** (...) No vuelvo a leer esta larga carta para que no se retrase más; más aún, ni siquiera hago sacar copia de ella. Si en algún punto me he expresado de forma oscura, tendrías que copiarme el párrafo que sea oscuro o dificultoso, para que pueda volver a las ideas que tenía al escribirla.

Mi querido hijo, mi corazón está lleno de sentimientos del mayor afecto hacia ti, y del deseo más ardiente de que **correspondas a las miras de Dios sobre ti**, y de que **seas un santo, un gran santo.**

P.S.: Pon el mayor interés en el Colegio Santa María. Después de empezar a escribir esta carta he recibido de allí noticias más desagradables.

G. José Chaminade